

**LAS MUJERES ANCIANAS, LA AUTÉNTICA
VEJEZ DE LA ESPAÑA ACTUAL**

Julio Pérez Díaz

99

Aquest treball va ser presentat com a Comunicació al V
Congreso Español de Sociología.

Centre d'Estudis Demogràfics

1995

Las mujeres ancianas, la auténtica vejez de la España actual

UNA DE LAS REALIDADES DEMOGRÁFICAS MÁS CLARAS sobre la población anciana en España y en todo el mundo, especialmente en los países desarrollados, es que las mujeres son mayoritarias en su composición. Este dato indiscutible tiene consecuencias escasamente reconocidas, pero de una importancia capital para entender, no sólo a la población de edad avanzada, sino al conjunto de nuestro sistema social. El proceso de envejecimiento demográfico no hace más que acentuar la importancia absoluta y relativa de la ancianidad femenina, así como la necesidad de considerar seriamente las consecuencias de esta diferencia numérica entre hombres y mujeres.

Sin embargo, no resulta arriesgado afirmar que la investigación sociológica no ha respondido, por ahora, a dicha necesidad. El grueso de los estudios sobre vejez ha estado guiado unas veces por las directrices y la financiación provenientes del ámbito de la política social y sanitaria y otras por las preocupaciones en torno al gasto público (con la jubilación como tema omnipresente). Los estudios de género, por su parte, centran su atención en la mujer "de hoy", la que estudia, la que pugna por colocarse en el mercado laboral, la que compagina el trabajo doméstico y extradoméstico. Ni unos ni otros hacen honor al papel que en nuestra sociedad juegan las mujeres de edad avanzada (propongo al lector interesado en uno o en ambos temas de investigación que haga un exámen de la bibliografía que conoce; compartirá conmigo la sorpresa por el vacío existente).

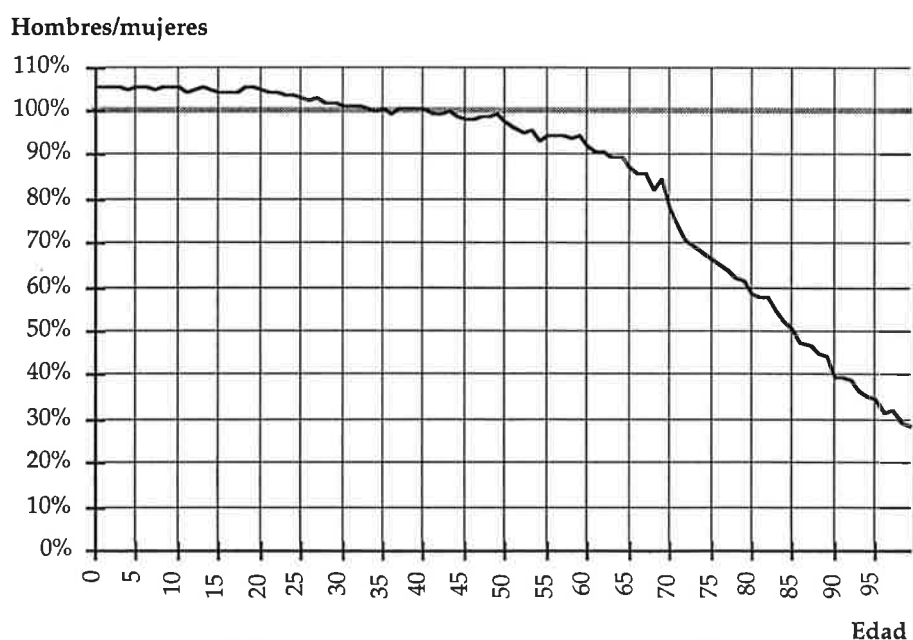
Los datos.

Según el último censo, el 1 de marzo de 1991 había en España 799.376 mujeres más que hombres. La diferencia no es atribuible a las diferencias por sexo en el número de nacimientos. Por el contrario, en 1991, hubieron 13.565 nacimientos masculinos más que femeninos (se trata de un fenómeno conocido y reiterado: cada año, con escasas variaciones, de cada 100 nacimientos, casi 52 son niños).

Efectivo por sexos y relación hombres/mujeres, 1991			
Edad	Hombres	Mujeres	H/M
total	19.036.446	19.835.822	95.97%
65 y más	2.208.256	3.161.999	69.8%
60 y más	3.210.385	4.267.314	75.2%
60-64	1.002.129	1.105.315	90.7%
65-69	844.266	989.769	85.3%
70-74	561.392	774.254	72.5%
75-79	410.966	641.737	64.0%
80-84	252.288	445.807	56.6%
85-89	107.529	226.141	47.5%
90-94	26.941	69.288	38.9%
95-99	4.146	12.772	32.5%
100 y más	728	2.231	32.6%

Fuente: INE, *Censo de Población y de Viviendas*

Relación de masculinidad, España 1991.



Fuente: INE, *Censo de Población y de Viviendas*

Tampoco hay que buscar la explicación en fenómenos migratorios diferenciales por sexo ni en ninguna hecatombe bélica. Es el efecto larvado y acumulativo de las diferencias de mortalidad el que hace que la ventaja numérica inicial de los hombres sea menor con la edad, desaparezca en los 40 años de edad, y se invierta en las edades superiores. La diferencia entre hombres y mujeres de más de 60 años es superior al millón a favor de éstas.

Contra lo que podría pensarse, el envejecimiento demográfico no es responsable del fenómeno. En realidad la relación de masculinidad en el grupo de más de 64 años viene siendo muy estable, e incluso cabe esperar un ligero aumento al mejorar la mortalidad masculina. Lo que sí es resultado del cambio en la estructura por edades es que el porcentaje del total de la población constituido por mujeres de más de 64 años crezca rápidamente; pronto uno de cada diez habitantes de España formará parte de dicho grupo.

Peso absoluto y relativo de la población total y femenina de mayores de 64 años

	Población	Población >64	>64 Mujeres	% >64	% >64 Mujeres
1981	37.683.357	4.236.716	2.512.798	11.24%	6.67%
1986	38.473.332	4.689.407	2.788.435	12.19%	7.25%
1991	38.872.268	5.370.255	3.161.999	13.82%	8.13%
1996	39.416.318	6.050.063	3.529.420	15.35%	8.95%
2001	39.929.317	6.689.559	3.874.339	16.75%	9.70%

Fuente: Censos y Padrones correspondientes, y variante media de INSTITUTO DE DEMOGRAFIA (1994), *Proyección de la población española*, Madrid, Instituto de Demografía / C.S.I.C.

¿Porqué las ciencias sociales, tan pródigas en investigaciones sobre minorías, subgrupos, clases marginales, etc. guardan silencio sobre una parte tan importante de la población? Y, más aún, ¿porqué lo hacen en un momento en que la investigación sobre la tercera edad vive un auge evidente? No cabe pensar que con los estudios genéricos sobre la vejez quede cubierto el tema de la vejez femenina. Si, por una parte, las diferencias numéricas son de la envergadura ya comentado, las diferencias sociológicas son aún más evidentes; los españoles de edad avanzada pertenecen a generaciones en que la diferenciación de roles resulta mucho más intensa que en generaciones más recientes.

En cierta manera las mujeres ancianas padecen los mismos estigmas que la ancianidad en general, pero mucho más acentuados. Ello resulta visible a poco que se observen cuales son las diferencias de género a dichas edades y cuales son sus causas y consecuencias. Un sondeo de dichas causas puede aclararnos el porqué de la escasísima valoración de las funciones sociales de las mujeres ancianas. Lo que sigue a continuación es una presentación "típica" del modo en que se plantea la cuestión.

Las diferencias

Vejez y muerte

En primer lugar, deben aclararse las causas de la mortalidad diferencial existente entre hombres y mujeres. Demasiado a menudo se hecha mano de explicaciones biológicas que naturalizan las diferencias de sexo. En el caso de la mortalidad tales explicaciones no carecen de fundamento empírico, pero son insuficientes y reducen el fenómeno de manera inaceptable. Los factores biológicos tienen en este caso menor importancia que multitud de factores sociales que hacen que la población masculina se autosomete a riesgos "innecesarios" con una mayor intensidad que la femenina. Entre ellos no son desdeñables los resultantes del consumo de alcohol y tabaco, aunque lo cierto es que la casuística es más amplia, y pasa por las condiciones laborales, el riesgo de accidentes por el mayor número de horas de conducción, etc. En general se trata de riesgos "sociales" en el pleno sentido de la palabra.

Hasta tal punto el descenso de la mortalidad guarda relación con factores sociales, que los grandes progresos en este terreno se han producido con la revolución industrial y la transición demográfica. Pero la mortalidad no sólo ha descendido. También se ha conseguido domesticarla en relación a su incidencia por edades. Como bien ha expresado Livi Bacci, usando el símil termodinámico, el sistema demográfico se volvió más perfecto al disipar menos energía en las edades jóvenes y permitir a su vez una menor inversión en nacimientos. Pero, precisamente por ello, al conocido efecto del envejecimiento demográfico cabe añadir otro menos visible: la identificación entre muerte y vejez, y la impregnación de todos los valores negativos de la una en la otra.

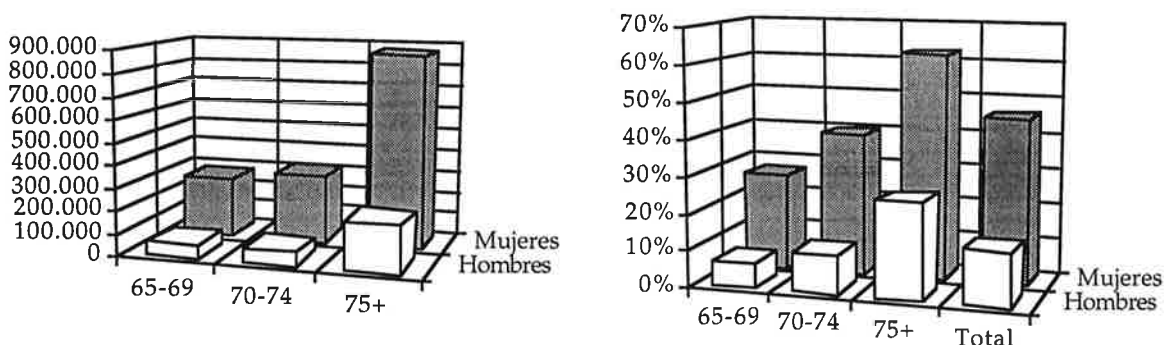
Se produce así una paradoja. La esperanza de vida femenina es superior a la masculina, pero las mujeres padecen más los estigmas de la vejez. No falta quien afirme, incluso, que los mayores riesgos asumidos por los hombres se ven compensados por una vida más abierta y plena, según los valores más extendidos.

Vejez y soledad

La menor mortalidad femenina tiene por tanto, la contrapartida de una vida menos valorada socialmente que la masculina. No es este el único efecto "no deseado". Las generaciones actualmente ancianas muestran también una relevante diferencia en la edad al matrimonio entre hombres y mujeres. Estas se han casado, por término medio, con hombres con varios años más que ellas. El efecto combinado de la sobremortalidad masculina y la diferencia en la edad al matrimonio es que la distribución por estado civil es muy desigual; los hombres, con una esperanza de vida menor y una edad superior a la de su pareja, suelen acabar sus días acompañados. Las mujeres, por las mismas razones, se enfrentan en una proporción mucho mayor al trauma de la viudedad y a la prolongación de dicha situación durante décadas incluso. La consecuencia es una extendida situación de soledad, añadida a la salud precaria, que degrada la "calidad de vida".

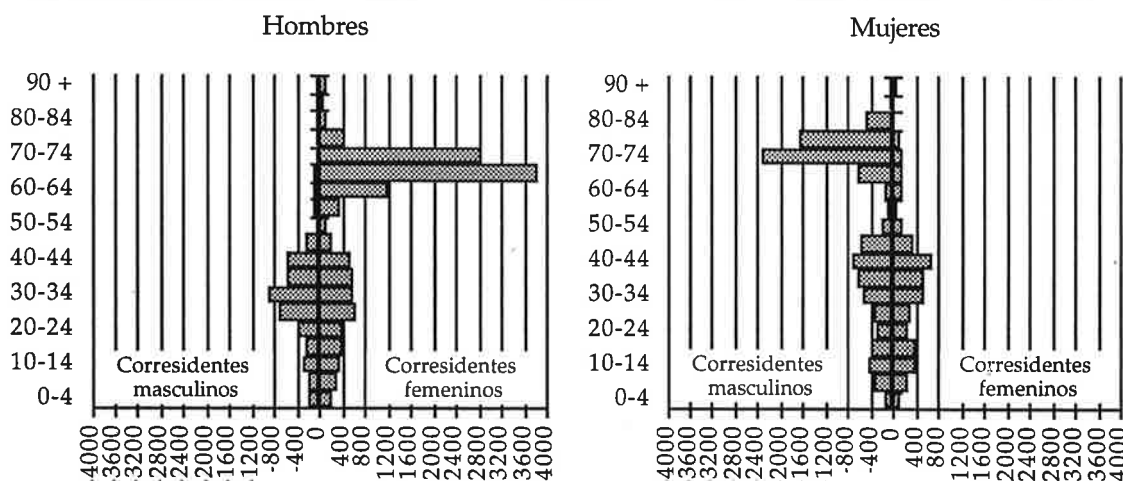
La mayor incidencia de la soledad en la población femenina de edad avanzada se está acentuando, además, por los cambios incipientes en las estructuras familiares. El aumento de los hogares formados por parejas sin hijos, los hogares monoparentales y los unipersonales, tiene como protagonistas destacados a los viejos. Igualmente están disminuyendo los hogares plurinucleares y extensos, cuya frecuencia ha distinguido hasta ahora a España del resto de Europa, y que evidencian en gran medida el apoyo familiar a los ancianos. Se trata en todos los casos de cambios que afectan a las mujeres de edad avanzada mucho más que a los hombres. Ello resulta perfectamente visible en la estructura por edades de los convivientes con personas de edad avanzada.

Viudedad absoluta y relativa, por sexos, de los mayores de 65 años, 1991



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos censales

Distribución de la coresidencia con personas de 70 a 74 años



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la Encuesta Sociodemográfica
 Nota: Los gráficos representan la distribución por edad y sexo de las personas que residen con cada 10.000 personas de 70 a 74 años.

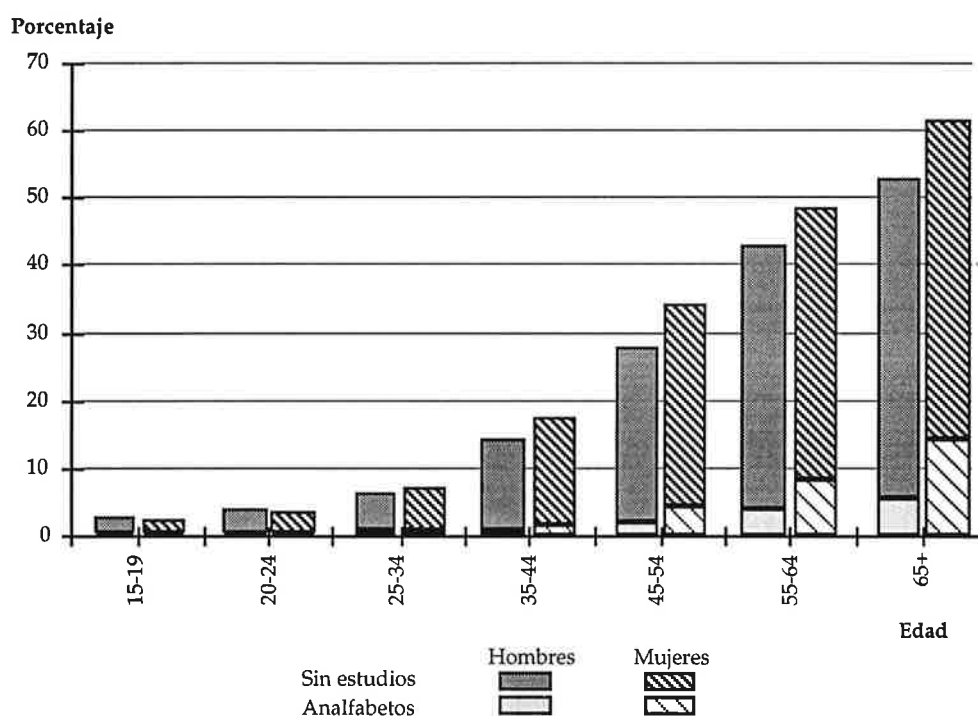
No sólo los ancianos viven con su cónyuge en una mayor proporción que las mujeres de la misma edad, sino que también es mayor su convivencia con personas de otras edades.

Vejez e instrucción

Las diferencias siguen. Las generaciones que hoy superan los 64 años nacieron antes de 1930, en una época de la historia de España en que la diferenciación de roles era mucho mayor que la actual

Si los diferentes comportamientos que inciden sobre la mortalidad tienen vigencia durante toda la vida, existen otros que marcan su impronta durante sólo una parte de ella y la marcan definitivamente. Ya se ha comentado una característica diferencial de la nupcialidad, que cabrá ampliar más adelante. Otra pauta social diferenciadora de género, mucho más marcada en las generaciones más viejas, es el menor nivel de estudios de las mujeres.

Porcentaje de analfabetos y sin estudios por sexo y edad. España 1991.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos censales.

Esto comporta una desventaja clara respecto al uso de la información y de los servicios dirigidos a la tercera edad. También correlaciona negativamente con su nivel de salud y con la percepción subjetiva de esta.

Vejez y pobreza

La vejez, asociada a la jubilación, supone una limitación automática de los ingresos por el trabajo y el fin del papel productivo en la sociedad, todo lo cual conlleva un riesgo evidente de degradación del estatus económico entre los trabajadores. No ha sido otro el motivo de las reivindicaciones de la clase obrera, y de las políticas de bienestar social que han desarrollado el sistema de pensiones actual, con tal de garantizar unos estándares de vida mínimos en la población anciana. La insuficiencia de recursos económicos es un tema omnipresente en la sociología de la vejez.

Desde este punto de vista, el análisis de la vejez femenina no puede más que constatar que todas las desventajas económicas asociadas a la edad avanzada resultan mucho más intensas entre las mujeres. La tradicional distribución de los roles en la pareja, mucho más intensa en las generaciones más antiguas, ha limitado enormemente la participación femenina en la producción extradoméstica, cuando no la ha impedido totalmente. El resultado es una mínima posibilidad de acceso a las pensiones retributivas, parte fundamental de eso que se conoce como Estado del Bienestar en lo que se refiere a la ancianidad.

Tiempo de vida dedicado al empleo y a las labores del hogar								
Empleo	60-69		70 y +		Labores hogar (sólo mujeres)	60-69	70 y +	
	hom.	muj.	hom.	muj.				
Tiempo total					Tiempo total			
ningún tiempo	0,3	39,6	0,3	40,6	ningún tiempo	12,9	9,4	
1-2 años	0,2	1,1	0,1	1,3	1-2 años	3,0	0,7	
3-4 años	0,2	2,0	0,2	1,9	3-4 años	3,1	0,8	
5-9 años	0,6	9,8	0,6	7,8	5-9 años	4,8	5,5	
10-14 años	0,5	11,4	0,8	9,5	10-14 años	4,1	6,7	
15-19 años	0,5	6,6	0,5	5,4	15-19 años	3,5	5,3	
20-29 años	2,8	7,2	2,2	5,7	20-29 años	8,2	7,4	
30-39 años	15,4	6,7	10,0	5,8	30-39 años	21,2	6,1	
40-49 años	59,4	9,9	47,8	8,8	40-49 años	25,7	14,4	
50 años o más	20,2	5,6	37,4	13,4	50 años o más	13,4	43,9	
Media	44,1	24,6	46,5	29,2	Media	34,2	43,3	

Fuente: INE, Encuesta Sociodemográfica 1991. Tomo II, Vol. 5.

Hasta tal punto las diferencias parecen anular a la mujer anciana como actor social, que su bien conocida dedicación a las tareas reproductivas, quedando las productivas para los hombres, las excluyen incluso del análisis sociológico de clases, que se realiza generalmente a partir de la relación con el trabajo. Los jubilados y las amas de casa ocupan lo que se denomina una posición "mediada" en la estructura de clases: la posición que tenían cuando trabajaban o la posición del marido que trabaja (si se considera que las mujeres deben situarse en las clases sociales de sus consortes y, por lo tanto, no cabe su inclusión en el análisis, ¿qué no sucederá cuando tales mujeres son, además, viudas?).

Las diferencias en lo económico no derivan sólo de las rentas del trabajo. La diferenciación sexual de los roles ha restringido también la capacidad legal y real de gestión del patrimonio y de los recursos económicos familiares por parte de la mujer, como refleja claramente la primacía de los hijos frente al cónyuge en la transmisión patrimonial.

En resumen, la cercanía de la muerte, el declive físico, la soledad, la dependencia, el aislamiento cultural y la depauperización, todas las características que hacen indeseable la vejez y suscitan la protección pública y familiar, parecen expresarse con mucha mayor intensidad entre las mujeres de las generaciones más antiguas: ¿qué papel van a jugar en el conjunto social sino el de la dependencia y el de objeto de asistencia?

Hacia una nueva visión

No es necesario negar los datos en que se basa esta triste visión para ponerla en duda. Los datos sólo revelan una parte de la realidad, aquella que se considera relevante y, hasta ahora, de la vejez femenina, sólo parecen relevantes las desventajas respecto al resto de edades y a sus coetáneos masculinos. Sin embargo, si se sale a la calle y se habla con la gente empieza a atisbarse que estas mujeres no corresponden en absoluto al estereotipo, que algo falla en éste de manera estrepitosa cuando se trata de captar la realidad de la vejez femenina. La sobremortalidad masculina ya debería resultar sospechosa, pero lo cierto es que existen muchos otros factores que evidencian la falsedad del planteamiento protector y conmisericordioso que niega todo lugar a la mujer anciana. Aquí sólo puedo apuntar algunos de ellos en lo que resulta, de momento, una mera declaración de intenciones investigadoras que quisiera someter a la consideración del lector y convertir en una propuesta abierta:

Una fuente fundamental de errores consiste en analizar la trayectoria vital de las mujeres con los patrones aplicables a los hombres. Se habla del trauma de la jubilación, se piensa en etapas de la vida que se acaban, en pérdida de roles y de funciones dentro de la sociedad y de la familia. Se olvida que todo ello sólo puede aplicarse a la parte masculina, que no es precisamente la mayor parte de la población anciana.

Es bien cierto que las mujeres de las generaciones más antiguas han tenido bajos índices de actividad y de ocupación. Sin embargo, este dato no se puede interpretar en los términos del mercado de trabajo actual, en que la salarización del trabajo aumenta a marchas forzadas. Ellas, nuestra viejas, no estuvieron nunca ociosas, pese a que su trabajo se concentró en la economía informal, precaria y familiar. No es que las mujeres actualmente jóvenes trabajen más; es que lo hacen de manera remunerada, reconocida y en sectores productivos formales cada vez en mayor proporción, precisamente en el tipo de trabajo que ha caracterizado a la población masculina "desde siempre". Dicho escuetamente, todo el mundo sabe que, al menos hasta ahora, las mujeres no abandonan sus quehaceres cotidianos al llegarles la edad de jubilación. Habría que revisar la arraigada práctica por la que se plantea el tránsito a la vejez en términos de jubilación y, más aún, habría

que revisar la categoría de "jubiladas" asignada a las mujeres de más de 65 años, teniendo en cuenta que no ha habido cesación en sus deberes y tareas (si no se considera población dependiente a las mujeres de 40 años dedicadas a las "labores del hogar", ¿por qué se aplica dicha categoría a las mujeres de 70 años en la misma situación?).

Aún más, al llegar la jubilación, las diferencias establecidas entre hombres y mujeres a partir de la actividad económica formal y extradoméstica desaparecen súbitamente, al menos en teoría. No sólo no es así en la práctica, sino que es precisamente en ese momento cuando se vuelven más notorias, al desaparecer su justificación. Se vuelve evidente entonces que si bien los hombres han estado preparados y ocupados para el mundo abstracto e impersonal de la economía de mercado, su formación no les capacita para volver al "mundo real" extralaboral. En esta situación es claro que las personas más preparadas, con más conocimiento de la economía doméstica, las que han cultivado durante años los vínculos de solidaridad familiar que ahora son más sólidos y, en definitiva, las más autosuficientes, son las mujeres. Y es esta independencia potencial, más que su superioridad numérica, la que las hace interesantes para el resto de la sociedad y la que me lleva a afirmar, de una manera quizá provocativa, que son "la auténtica vejez del mundo actual".

Las encuestas sobre vejez, preocupadas en descubrir los estigmas de la jubilación (¿aún hay que descubrirlos?) y los problemas de la vejez, resultan opacas a estas características diferenciadoras. Los estudios de género pretenden detectar, casi sistemáticamente, las desventajas femeninas de la desigual distribución en los roles y en el uso del tiempo, todo ello cierto cuando se trata de personas en edad activa. No parece ocurrírsele a nadie que, ante la inactividad, la valoración de las diferencias puede ser muy diferente. Se puede hablar, y mucho, sobre si son precisamente resultado de la discriminación de la mujer. De hecho éstas, pese a su mejor disposición para afrontar los años de vejez, muy a menudo deben sufrir la jubilación de sus cónyuges masculinos tanto o más que éstos. El hombre, en este mal trago, no se desenvuelve bien, hasta el punto de que se puede constatar un brusco aumento de la mortalidad masculina coincidiendo con las edades de jubilación. Su dependencia de la mujer a partir de este momento se hace evidente en el hecho de que, cuando enviudan, los hombres tienen una esperanza de vida menor que sus congéneres de la misma edad que continúan viviendo con su pareja. El caso inverso, y más frecuente, es decir, que sea la mujer la que quede viuda, no tiene estas dramáticas consecuencias, por mucho que la viudedad sea también una situación triste y traumática para ellas. En realidad, puede decirse aún más, ya que si consiguen superar el duelo inicial, muchas mujeres viudas adquieren consciencia cabal de su propia individualidad y se abren al mundo con redoblada vitalidad.

Todo ello revela que el menor nivel de instrucción y la inferioridad de recursos económicos no tienen los mismos efectos en los hombres y en las mujeres de estas edades. Como evidencian las teorías del capital humano y el credencialismo, el nivel de instrucción tiene una alta funcionalidad en el

mercado de trabajo. Fuera de él no se hace irrelevante, pero pierde muchas de sus funciones.

Las desventajas económicas resultan mucho más reales y la incapacidad para automantenerse invalida todas las ventajas femeninas que quieran buscarse. Sin embargo, a este respecto, es importante señalar que las generaciones que ahora llegan a la jubilación tienen vivienda en propiedad en su mayoría, o se benefician de alquileres muy antiguos, y que la extensión del sistema de pensiones y la universalización de las pensiones no retributivas garantizan una mínima disponibilidad de recursos. Todo ello da un sentido nuevo al gran crecimiento de los hogares formados por parejas sin hijos y por una única persona, y al descenso de los hogares extensos y plurinucleares. Más que el declive de la solidaridad familiar, apuntan una mejora sustancial de la situación, que hace posible el mantenimiento de la independencia domiciliar por parte de una proporción creciente de ancianos. Por otra parte, aunque la pensión de viudedad disminuya los recursos de los hogares en relación a la pensión de jubilación, espero no resultar especialmente crudo al recordar que deben mantener a una sola persona, no a dos. Si esa persona es una mujer, la elasticidad del dinero puede llegar a ser sorprendente.

La creciente independencia de las ancianas y su papel fundamental en la gestión de sus propios hogares con unos recursos mínimos, ya sea en pareja o viviendo solas, no es, sin embargo, el rasgo más olvidado. Incluso cuando no comparten el mismo domicilio, a menudo continúan prestando unos servicios inestimables en el ámbito familiar, en su sentido más amplio (todo lo cual escapa al análisis de las estructuras familiares basado en la convivencia en un mismo hogar). No se ha valorado suficientemente el papel positivo que han tenido recientemente en la masiva incorporación de las mujeres jóvenes al mercado de trabajo asalariado, encargándose de hacer ciertas compras, de realizar trámites administrativos en horarios inaccesibles para sus hijos que trabajan, cuidando de los nietos cuyos horarios escolares resultan incompatibles con el horario laboral de los padres... Responsabilidades, todas ellas, que las generaciones que actualmente llegan a los 65 años empezaron a cumplir mucho antes, cuando en plena crisis de los setenta se lanzaron a la calle a "hacer faenas" al quedar el marido en paro o, sencillamente, para complementar los ingresos familiares. Estas mujeres contribuyeron a hacer posible la dedicación de los hijos a los estudios, dedicación que ha permitido a las mujeres jóvenes actuales igualar y superar el nivel de instrucción de los hombres de su misma edad.

Respecto a la miopía sobre la función de cohesión familiar ejercida por las mujeres ancianas basta con observar el diseño de las encuestas sobre el diferente uso del tiempo entre hombres y mujeres, pensadas para grupos de mediana edad. Todo lo que implica visitas, contactos telefónicos, pequeñas ayudas domésticas, suele quedar englobado en tiempo de ocio. Otro motivo de opacidad respecto a tales funciones es la no ponderación de la relevancia de las horas dedicadas a tales contactos. Caen en el mismo saco las horas de visitas "intrascendentes", mucho más frecuentes, y las que conllevan ayudas imprescindibles en casos de urgencia, obviamente excepcionales y escasas en

términos absolutos. Es más, para que la solidaridad funcione en los casos urgentes, debe haberse realizado una tarea de constante "engrase" de sus mecanismos, esas horas dedicadas por la abuela a "repasar" la vida y milagros de toda la familia que tan vanales parecen a algunos.

Aún más, cuando se habla del fuerte impacto que puede tener el envejecimiento demográfico sobre el sistema de bienestar social y sobre el sistema sanitario, alguna vez se comenta de pasada que, por suerte, en España la solidaridad familiar tiene un papel muy superior al de las prestaciones del Estado (precisamente la situación a la que querrían llegar muchos otros países desarrollados). Lo que no se dice tan a menudo es que, precisamente gracias al aumento de los años de vida, las familias constan cada vez más de cuatro generaciones presentes, y que a los bisabuelos, a la gente realmente anciana, no les cuidan los jóvenes, muy atareados en un mundo laboral cada vez más competitivo, sino las generaciones maduras-viejas, mayoritariamente mujeres. Tampoco se pondera la gran rentabilidad de la inversión realizada por el Estado en pensiones no retributivas y, en general, en pensiones para las mujeres: obviamente, resultan mucho más baratas que el mantenimiento de plazas hospitalarias o de residencias públicas, a lo que cabe añadir una capacidad de ahorro sorprendente, reiteradamente confirmada por las cifras agregadas.

No, definitivamente, estas mujeres viejas actuales no corresponden a la imagen de la ancianidad pasiva, desenganchada y dependiente que, de manera bienintencionada, nos describen quienes señalan la necesidad de proteger el bienestar de nuestros ancianos y de asegurar la percepción de unas pensiones dignas para todos. Este loable objetivo no debe fundamentarse jamás en la difusión de una imagen falsa de lo que son nuestros mayores y de los ancianos que nosotros seremos. Espero haber mostrado que, lejos del tópico, estas personas y, sobre todo, estas mujeres, son una gente que todos seguimos necesitando. No es la compasión la que ha de dirigir nuestros esfuerzos por asegurarles una vida digna. Es la justicia y el agradecimiento lo que tienen derecho a recibir, si somos capaces de reconocer todo lo que han hecho y continúan haciendo por todos nosotros. Los sociólogos podemos aportar algo, prestándoles al menos alguna atención.